

Una visión actualizada de la misión

Mensaje del Papa Francisco a las OMP

José María Calderón Castro
DIRECTOR NACIONAL DE OMP ESPAÑA

El Santo Padre Francisco quiso dirigir unas palabras a todos los directores nacionales de Obras Misionales Pontificias con motivo de la celebración de nuestra Asamblea ordinaria, el pasado mes de mayo. No pudiendo celebrarse, por la situación mundial causada por la pandemia del Covid-19, decidió enviar un mensaje, fechado el 21 de mayo de 2020, día que en Roma se celebraba la Ascensión del Señor¹.

Si bien, la excusa ha sido esa Asamblea que no se pudo celebrar, este mensaje está dirigido a toda la Iglesia y a todas sus instituciones. Creo muy en serio que las palabras que el Papa Francisco nos dedica a los directores de las OMP van dirigidas a todos los cristianos y, de modo muy particular, a los responsables de la pastoral ordinaria de la Iglesia: obispos, párrocos, misioneros, consagrados, profesores de teología, catequistas...

Sí, el Papa, desde el comienzo de su pontificado, dejó claro que “la salida misionera es el paradigma de toda la Iglesia”². Ya Juan Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia”³. La actividad misionera “representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia” (RM 40) y “la causa misionera debe ser la primera” (RM 86) y, en segundo lugar, también Francisco anunció que sueña

con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura

1 FRANCISCO, *Mensaje a las Obras Misionales Pontificias* (21-V-2020).

2 *Id.*, *Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* *Evangelii Gaudium* (=EG) (24-XI-2013) 15.

3 JUAN PABLO II, *Carta Encíclica* *Redemptoris missio* (=RM) (7-XII-1990) 34.

eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (EG 27).

Ahora, con estas palabras que nos dirige, da pautas concretas de cómo debe ser esta opción.

I. PRINCIPIO Y FUNDAMENTO: EL ESPÍRITU SANTO

Me parece fundamental subrayar cómo Francisco comienza poniendo al Espíritu Santo como autor y artífice de la Misión. La tarea encomendada por Cristo a sus apóstoles en el momento de la Ascensión no es una tarea que el hombre, aunque esté muy unido al Señor, pueda realizar por sí mismo. Es una obra de Dios, ¡es divina! Por eso es el Espíritu Santo el que la anima, dirige y provoca los frutos.

Toda acción de la Iglesia que no tenga como fundamento el actuar de la Tercera Persona de la Trinidad se convertirá en obra meramente humana, quizás buena y bonita, pero no transformadora. Correrá el peligro de convertirse en una palabra ociosa que busca la propia gloria y la autosatisfacción.

Es por eso importante que los creyentes reflexionemos con seriedad y con profundidad si nuestra actividad evangelizadora está sustentada y avalada en la confianza que da saber que somos instrumentos de Dios, que sólo con la fuerza del Espíritu seremos capaces de hacer la obra de Dios en el mundo.

El papa Francisco ha denunciado, muchas veces a lo largo de su pontificado, el peligro del clericalismo. Este no tiene otra excusa que poner la mirada de la misión de la Iglesia en el hombre y en lo que éste puede hacer. Cuando el hombre se olvida de Dios, de que es Él, y sólo Él, quien hace que la semilla del Reino crezca, nace ese clericalismo rancio que pone el fundamento de todo lo que realizamos en la autosuficiencia. Esa ansia de poder,

de imponer, es clásico en las instituciones que pierden el sentido de su ser como servidores de la sociedad. La Iglesia podría llegar a convertirse en un producto de nuestros programas, análisis, acuerdos y decisiones. La certeza de estar haciendo una obra que no es nuestra, que nos supera a todos, y que sólo depende de Dios, nos ayuda a situar en su justo lugar el liderazgo de las personas que gobiernan y pastorean la Iglesia. Es hacer realidad que hemos venido a servir y no a ser servidos (cf. Mt 20,28).

No está mal que el Papa comience este mensaje centrando el discurso en Dios. En una sociedad, como la nuestra, en la que el ser humano está continuamente autoevaluándose y midiendo el éxito o el fracaso de las cosas, es bueno, es justo y es necesario que volvamos la mirada a lo que realmente es el principio y fundamento de lo que es la vida cristiana: la santidad y la misión es obra de Dios, es obra del Espíritu Santo.

Hay una frase en este mensaje que vale la pena copiar, tal como la escribe, por su fuerza y por su gravedad: “Si, en alguna situación, el fervor de la misión disminuye, es signo de que está menguando la fe. Y, en tales casos, la pretensión de reanimar la llama que se apaga con estrategias y discursos acaba por debilitarla aún más y hace avanzar sólo el desierto”.

II. UNIVERSALIDAD DE LA MISIÓN

Otra enseñanza que podemos ver en este mensaje es la universalidad de la misión. No es nuevo, no es ni siquiera una enseñanza propia de este Papa y, sin embargo, sí es algo en lo que Francisco insiste mucho: La Iglesia tiene el peligro de encerrarse en sí misma.

Ante los problemas, que sin duda existen dentro de la Iglesia, ante las dificultades que tenemos los cristianos de hoy para encontrar nuestro sitio en la sociedad, tenemos el peligro de contemplarnos a nosotros mismos, sin darnos cuenta de que el Señor quiere llegar a todos los hombres, a todos los rincones de la tierra, a todas las culturas.

Es lo que llama el Papa, en muchas ocasiones, la autorreferencialidad (cf. EG 95). Se puede dar no sólo en la Iglesia y en sus instituciones, también es fácil caer en ella en nuestra vida civil, tan centrada en el propio bien y autocomplacencia. Francisco, una vez más, insiste en abrir los ojos a la realidad

del mundo, a la globalidad de nuestra sociedad. Muchas veces podemos caer en el pecado de Caín: ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano? (cf. Gn 4,9). Y olvidar la responsabilidad que tenemos unos de otros. Esa “autoreferencialidad” destruye a la Iglesia, pero destruye también al hombre, cerrándolo sobre sí mismo e impidiendo la grandeza de la vida compartida.

La misión enseña a la Iglesia particular a mirar hacia afuera. La misión hace que los bautizados que viven su fe con entrega y generosidad en sus parroquias y movimientos, abran su mente y corazón a todo el mundo, a todos los hombres, a cada hombre y mujer. Mirar a los demás como parte de mí, no sólo como fruto de la caridad cristiana que se manifiesta en la compasión y la misericordia hacia el pobre y desamparado, sino en un verdadero acto de amor fraterno, reconociéndome como hermano de todos aquellos que, en cualquier parte del mundo, buscan a Dios y buscan la dignidad que da la convicción de ser hijos del Altísimo.

En este sentido la misión, y como institución las Obras Misionales Pontificias, tienen un papel fundamental en el crecimiento de la vida cristiana de todos los bautizados: aportar a cada uno una visión universal de la fe. La Iglesia que está viva, es la Iglesia que no sólo consiente, sino que fomenta y se alegra con la posibilidad de abrirse al mundo entero, para llevar a Cristo y su Evangelio a todos los hombres. Por el contrario, un planteamiento más restringido, provinciano y nacional, debilita la fe de los creyentes que se encierran en sí mismos y no son capaces de descubrir la llamada universal a la salvación de Cristo. Muchas veces hemos podido presentar la cooperación misionera como algo que sitúa al cristiano fuera de ella (se colabora con la misión, porque sólo los misioneros son misión) y no como algo que cada bautizado está llamado a vivir desde dentro (participa en la misión, porque soy misión⁴). Es pasar de la misión en tercera persona a la misión en primera persona; y ahí entra de lleno la espiritualidad. Para conseguirlo hace falta mucha creatividad.

4 FRANCISCO, *Ángelus con motivo de la fiesta del Bautismo del Señor* (10-I-2016).

III. MISIÓN QUE TRASPASA TODA LA VIDA PASTORAL DIOCESANA

Pero esta visión universal de la salvación, no se queda en abrir el horizonte de los creyentes a la universalidad de la evangelización, sino que, como el Papa dice, la misión debe transformar toda la pastoral de la Iglesia.

Para comenzar, Francisco quiere que se abra esa visión de los creyentes que viven su fe en una diócesis, en una parroquia: deben sentir, estando donde están, el peso y la responsabilidad de que el Evangelio llegue hasta los confines de la tierra. Esta visión no es sólo para los que descubren en la *missio ad gentes* su vocación. También los que permanecemos y vivimos la fe en nuestras propias comunidades, podemos y debemos sabernos colaboradores de la evangelización, y participamos de ello a través, sin duda, de la oración y del sacrificio ofrecido por esta causa. ¡Qué importante es que, en las parroquias, en los colegios y movimientos, se convoque a los cristianos a vigilias y momentos de oración por las misiones y los misioneros! La oración es la primera forma de misión⁵. En sintonía con la forma propia y la enseñanza habitual del Santo Padre, nos insiste en que no se trata de hacer cosas rebuscadas, complicadas y grandiosas, sino de renovar todo desde la sencillez, como sencilla es la oración, como sencilla es la preocupación por el bien de los demás.

También, sin duda, esta conciencia y responsabilidad es lo que mueve a los cristianos a colaborar con las misiones materialmente, participando en las Jornadas que a lo largo del año se nos proponen. Muchos jóvenes incluso participan en actividades misioneras de corta duración, en verano. Todo ello hace que la vida parroquial y diocesana tenga sentido de universalidad.

Estos apuntes que acabo de hacer vienen a explicitar el deseo del Papa de que la misión, esa misión que los misioneros realizan, abandonándolo todo, en los llamados territorios de misión esté presente en la vida ordinaria de la Iglesia, allí donde estemos. Hacer presente en la vida de las parroquias, colegios cristianos, diócesis y movimientos, la misión, la actividad evangelizadora de la Iglesia, el esfuerzo inmenso que la Iglesia realiza por llevar a Cristo a los hombres y mujeres de todo el mundo; por mantener y proporcionar medios a los seminarios y noviciados donde se forman las vocaciones que surgen en

5 "La oración es la primera obra misionera que todo cristiano puede y debe hacer, y es también aquella más eficaz, si bien esto no se pueda medir" (FRANCISCO, *Video-mensaje a las OMP* [28-V-2018]).

aquellos países; por sostener instituciones cristianas que ayudan a dignificar la vida de las mujeres, de los niños, de los trabajadores, de los enfermos, de los discapacitados... No pueden ser cosas ajenas a la formación y espiritualidad de los creyentes y pensar que todo eso es maravilloso, pero no tiene nada que ver con ellos.

Pero ¡no nos quedemos ahí! El Papa insiste mucho, como ya dije al principio, que la misión ha de ser el paradigma de toda actividad pastoral ordinaria. Lo que significa que en los planteamientos de formación catequética; en la labor de solidaridad que se hace desde los equipos de Cáritas; que la preparación litúrgica de las celebraciones parroquiales ordinarias, pero también, y quizás especialmente, extraordinarias con motivo de un funeral, de los bautismos, confirmaciones... se tenga esa inquietud de llegar a todos los que se acercan a la Iglesia. Que exista realmente una verdadera preocupación por hacer de los creyentes no meros bautizados, hombres y mujeres que recibieron el sacramento del bautismo, sino discípulos-misioneros (cf. EG 119).

Que la misión esté presente en la vida ordinaria de la Iglesia es buscar los modos y medios para que toda actividad pastoral que se realiza tenga como primera preocupación el encuentro personal del hombre con Dios⁶ y, a través de ese encuentro, descubra el sentido vocacional de su ser cristiano. Esta labor no es ni fácil ni automática. Es un trabajo continuo de quienes tienen la responsabilidad de conducir las comunidades cristianas, que, como Jesús mismo, han de compadecerse de todos aquellos que andan como ovejas sin pastor.

El Papa nos anima a salir de nosotros mismos, para llegar a aquellos lugares y personas que, viviendo en nuestras ciudades y barrios, se han alejado de la fe o, realmente ya no han tenido la oportunidad de conocer a Cristo. Una parroquia misionera, como se hablaba hace unos años, es una parroquia que se toma en serio la formación de los que forman parte de la comunidad, para hacerles conscientes de que ellos, cada uno, cada cual, con su situación concreta, ha de ser misión en el ambiente en el que se desenvuelve. Por eso Francisco ha acuñado también esa expresión sencilla, aparentemente simple,

6 SÍNODO DE LOS OBISPOS, XIII *Asamblea General Ordinaria sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (octubre 2012) *Lineamenta*, 11.

y que repite mucho, especialmente a los jóvenes: “¡vosotros sois misión!”⁷. Ya no es que cada uno tiene una misión, sino que somos misión.

Cuando se habla de la secularización de nuestra sociedad y de nuestra cultura, se está, justamente, apuntando a esta convicción: ser creyentes se manifiesta en querer ser, en medio del mundo en el que vivimos, sal o levadura que fermenta toda la masa (cf. Mt 5,13 y Lc 13,20). Y esa concienciación y formación debe estar presente en cada una de las propuestas que se realizan desde la Iglesia: desde la homilía dominical hasta la visita a los enfermos de las comunidades.

Y otra importantísima convicción en la misión de la Iglesia es que el hombre es el receptor de la buena noticia del Evangelio. En una ocasión un joven universitario de Guinea Ecuatorial, poniendo como premisa que él creía firmemente en Cristo y en su mensaje, y yo no tengo motivo alguno para dudarlo, me preguntó: si algún día se entera Vd. que lo que ha estado predicando y enseñando es mentira... ¿cómo lo acogerá? Quitando que esta pregunta es doblemente errónea, porque la fe en Cristo es verdadera y porque, si no lo fuera, posibilidad imposible, nunca podría enterarme... le argumenté algo que creo es importante. Si no fuera verdadera, no tengo nada de lo que arrepentirme, porque lo que creo y procuro vivir, me llena el corazón y me ayuda a levantarme cada mañana con deseos grandes de servir y trabajar, y, por otro lado, esa verdad que creo y procuro enseñar, ha ayudado a muchos hombres y mujeres, de todas las condiciones sociales, edades, formaciones... a curar heridas del corazón y recuperar una paz que tantas veces habían perdido. No podemos olvidar que

a veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: “El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque

7 “Yo soy siempre una misión, tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión” (FRANCISCO, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones* [9-VI-2019]).

sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza” (EG 265, cita de RM 45).

El Evangelio no es algo ajeno al hombre, no es algo ajeno a las necesidades del corazón del hombre, sino que todo hombre ha sido creado por Dios y para Dios (Col 1,16). No vendemos nada, a esto justamente se refiere Francisco cuando repite con insistencia que la misión no es proselitismo... ¡No vendemos nada! Sino que proponemos a Cristo, al Señor, el encuentro personal con Él:

El entusiasmo evangelizador se fundamenta en esta convicción. Tenemos un tesoro de vida y de amor que es lo que no puede engañar, el mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que cae en lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo. Es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor (EG 265).

La misión es fruto, así lo dice el Papa, del gusto espiritual por ser pueblo (cf. EG 268), que puede sintetizarse de este modo: “sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque ‘hay más alegría en dar que en recibir’ (Hch 20,35)” (EG 272).

IV. NO SE TRATA DE HACER, SINO DE RENOVAR

Una convicción que tengo, es que con este mensaje de Francisco que, repito, no es sólo a las Obras Misionales Pontificias, sino a la Iglesia, el Papa no está invitando a hacer más cosas, a echar imaginación al vuelo para inventarnos nuevas cosas, originales, llamativas y distintas a lo que se ha venido haciendo.

Creo, y espero no equivocarme, que Francisco quiere que renovemos la forma con la que hemos estado haciendo las cosas. Sin duda habrá que hacer

más cosas y, sobre todo, adaptar muchas de las que ya hacemos al momento presente (sin duda todo lo referente a las redes sociales y a los medios de relación actuales nos interpelan y motivan para que innovemos). “Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad”⁸.

Renovar las formas quiere decir no continuar con los modos que se han venido utilizando por el hecho del “siempre se ha hecho así”. Renovar las formas quiere decir, aunque parezca extraño, volver al mensaje originario de Jesús. Por eso el Papa nos repite en este documento unos conceptos que ya estaban presentes en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

Aquí nos dice, retomando aquellos, cuáles son los rasgos distintivos de la misión, que son los que nuestro Señor enseñó a los apóstoles en su momento: hacer el mensaje atractivo, es decir, de forma que fascine el corazón del hombre. Atractivo, como lo son el mismo Cristo y el Evangelio: provocando el encuentro personal con el Señor y hacerlo de forma que se descubra un momento de gracia y de bendición para el hombre, de tal forma que quien conoce a Cristo pueda decir, de corazón: “¡qué bien se está aquí!” (Mc 9,5).

Que quien se ha encontrado con Jesús, se conmueva por saberse amado y llamado por Él. Eso provoca gratitud y deseos de entregarse para su causa. Es lo que Francisco llama gratitud y gratuidad. Como la alegría de los apóstoles, incluso en el día en el que Jesús les fue arrebatado, ascendiendo al cielo. “Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis” (Mt 10,8). La exigencia de ser misión no está sobrepuesta a nuestra condición de cristianos, somos misioneros porque el Señor nos ha dado a conocer su Palabra de forma gratuita, y nosotros, también, sin buscar nada a cambio, como expresión de amor y agradecimiento, la damos a conocer. Si la Iglesia proclama el Evangelio y la Buena Noticia de Jesús, no es para buscarse a sí misma, no es movida por el aplauso o reclamar pretensiones, sino más bien al contrario: la predicación de la Salvación de Jesús ha traído, en muchas ocasiones, la persecución, la marginación, la discriminación... ¡el martirio! Y no por ello deja de hacerlo; no por ello, los cristianos dejamos de entender que

8 CONG. ECUJ. VAT. II, Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 6.

no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera (EG 266).

Realmente, como afirmó Benedicto XVI, y ahora recuerda Francisco, la mayor muestra de caridad en la Iglesia es entregar, sin llamar la atención y sin provocar partidismos, la verdad de Jesús. No sé si es violentar demasiado el sentido que quería dar Jesús, pero ¿podríamos decir, parafraseando al Señor: “no hay amistad más grande que la de quien da la vida a sus amigos” (Jn 15,13)?

Estas nuevas formas, tal como nos las propone el Papa, deben tener como fundamento la humildad. La Iglesia debe hacer accesible el camino del hombre a Dios con humildad, sin prepotencia. La arrogancia y la ostentación provocan rechazo y, sin duda, no conducen al Dios en el que creemos y al que pretendemos mostrar. Y eso va unido, sin duda, a querer hacer fácil ese encuentro con Dios. No sé si en otras épocas la Iglesia presentó el camino de seguimiento al Señor a fuerza de exigencias y compromisos; hoy, en una sociedad tan débil, tan frágil y tan desestructurada, la Iglesia, y eso significa ¡cada cristiano!, debe invitar al hombre al seguimiento de Cristo haciendo ese camino accesible. Me parece muy acertado hablar de facilitar. ¡Qué pena da pensar que los que se acerquen a nuestras iglesias y actividades se vean examinados, incluso juzgados para ver si son dignos o no de incorporarse a nuestros grupos! Facilitar es hacer que descubran que sus pobrezas, como las nuestras, no les impide seguir al Señor. Denuncia el Papa la amenaza del elitismo. Se puede dar en nuestras realidades eclesíásticas. Los que vienen a encontrarse con nosotros no pueden ni siquiera sentirse desplazados por no “dar la talla”. Como si en la Iglesia hubiera, como en el avión, *business class*, primera o clase económica.

Hermosa explicación hace el Santo Padre de lo que significa ser discípulo-misionero cuando pide, nos pide, pide a la Iglesia y a cada bautizado,

que el anuncio de salvación de Jesús llegue a todas las personas allí donde se encuentran y así como son en la vida de cada día. No hay que salir del mundo para ser misionero. Hay que hacer pedagogía de la parábola del Señor de la levadura (cf. Lc 13,20). Para hacer fermentar la masa, tenemos que estar en ella. No podemos huir como si de un lugar extraño se tratara. Ahí, donde la vida de los hombres se juega, ahí es donde el cristiano hace presente la salvación de Cristo. Esta visión nos ayudará a no caer en la tentación de clasificar a los cristianos según su compromiso intraeclesial. La profundidad del compromiso cristiano no puede medirse según un creyente esté o no implicado en las tareas parroquiales o diocesanas. No podemos dejarnos llevar por el criterio de que, si un bautizado hace las lecturas en la eucaristía, da catequesis, forma parte del consejo de economía parroquial o, ¡incluso!, es miembro del consejo de pastoral diocesano, es realmente un cristiano comprometido; olvidando el compromiso del creyente con la sociedad, la cultura, el trabajo, la familia, el ocio como parte específica y fundamental de su vocación cristiana en medio del mundo.

Francisco apunta dos rasgos más de las nuevas formas que la evangelización exige en nuestro ser hoy: el *sensus fidei* del pueblo de Dios y el amor, específico y especial, por los pequeños. Lo primero es fundamental para entender la Iglesia como pueblo de Dios. Todos, justamente desde su propia vocación, son Iglesia. Y Dios habla al mundo de hoy a través de todos: ese *sensus fidei* que es un don del Espíritu a su Iglesia, hace que, como en el Antiguo Testamento, todos profeticen y hagan presente la verdad de Dios (cf. 1 S 19,20). La sencillez debe ser parte de nuestra forma de hacernos entender. Qué peligro hay de que, quienes tienen responsabilidad dentro de la Iglesia, se separen del común de los bautizados porque, en el fondo, no se sienten comprendidos por ellos, y aquí el Papa no se refiere tan sólo a los pastores, también pueden caer en ello, los maestros, los catequistas, los voluntarios de caritas, los teólogos, los liturgistas... La sencillez en las formas de vivir y expresar la fe, la claridad a la hora de exponer las verdades de fe y sus consecuencias morales no es “rebajar el nivel”, sino descubrir el verdadero y profundo sentido de la responsabilidad en la Iglesia: ser instrumentos de la misericordia y el amor de Dios, y no de ir perdonando la vida a quienes no alcanzan el nivel esperado.

La predilección por los pequeños, dice el Santo Padre, no es una opción en la Iglesia. No lo es, como tampoco es una “táctica”. Los pobres son

los predilectos del Señor, que ha sido enviado a sanar los corazones afligidos. La Iglesia, reconoce en ellos al Señor a quien quiere servir y a quien quiere, viviendo las bienaventuranzas, dar un vaso de agua, vestir u hospedar en su seno. De hecho, como recordaba Benedicto XVI en *Deus Cáritas est*, la caridad, la preferencia por los más necesitados, la convicción de que Dios se nos hace presente en ellos, es la primera forma de evangelización. Como Francisco recordaba tras su viaje a Madagascar y Mozambique, el primer apostolado es el testimonio de vida. Tras el testimonio vendrá la palabra, pero la vida de entrega, de servicio, de preocupación por los más débiles y menos valorados por la sociedad, es siempre el primer paso para llegar a ser interpelación en la conciencia de los hombres. El cristiano que procura vivir así... va adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2,5).

Por último, pero muy importante: no convertir la pastoral en una organización de organizaciones, con esquemas y organismos que se superponen y construyen una realidad absolutamente inútil y meramente funcional. Es la pérdida de contacto con la realidad, donde es fácil caer en claves ideológicas de preferencias. Es una forma concreta de querer controlar la pastoral, la labor de la Iglesia, su administración, pero sin confiar en la gracia de Dios, en la realidad espiritual de las personas. Es el compromiso de tener mucho trabajo, muchas reuniones organizativas, muchos encuentros de programación y de revisión, pero que no se realizan apoyándose en la verdad del pueblo al que se pretende evangelizar, y que, en realidad, nos hace perder muchas fuerzas. La misión, la evangelización nos son fórmulas, no son mera distribución de funciones y trabajos. Como dice Francisco: “no pueden existir burócratas o funcionarios de la misión”. Porque cada realidad evangelizadora y evangelizada es una historia, una vida, un milagro o, incluso, un misterio, en el que hay personas, con alma, hay sufrimientos y gozos, hay testimonio y conversión, hay vida y entrega. Destruyamos toda posibilidad de convertir la pastoral misionera, evangelizadora en una profesión.

Estos criterios son signo de que seguimos las inspiraciones del Espíritu de Dios. Si de verdad creemos, como enseñaba el papa san Juan Pablo II, que la primacía está en la gracia⁹, estos rasgos tienen que hacerse presente

9 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis* (25-III-1992) 36; *Novo Millennio Ineunte* (6-I-2001) 38; *Pastores Gregis* (16-X-2003) 12.

en la tarea apostólica de la Iglesia, de cada una de las actividades pastorales que realicemos.

V. Y, EN ESTA SITUACIÓN, ¿QUÉ PUEDEN ENSEÑARNOS LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS?

Las Obras Misionales Pontificias, como parte concreta de la tarea evangelizadora de la Iglesia universal, además de la apertura a la realidad de todo el mundo, como ya he señalado al comienzo de este artículo, tienen una grandísima importancia para enseñar lo que significa una pastoral misionera.

Importante es conocer que las OMP surgieron por iniciativa de personas concretas, que, de forma espontánea, y movidas tan sólo, si se puede decir en este caso “tan sólo”, por su fervor misionero. Son cuatro obras, y cada una es la intuición preciosa, fruto de la fe y de la oración, de una persona en la que Dios ha puesto su luz y su sabiduría. La venerable Pauline Jaricot, el Obispo Carlos Augusto Forbin-Janson, el beato Paolo Manna y la joven Juana Bigard con su madre Estefanía, son personas que se dejaron guiar por el Espíritu Santo para comenzar unas obras que les eran sin duda grandes. Un obispo, un sacerdote y tres mujeres seglares, lo que manifiesta que la Iglesia no es privativa de unos privilegiados.

OMP camina, desde su corazón y carisma, sobre lo que Francisco llama dos binarios: la oración y la caridad. Haciendo de las dos cosas una sola. Sin oración la caridad es hueca, sin la caridad la oración no es cierta. La una conduce a la otra. La una perfecciona la otra. En todo caso, “la oración es la primera obra misional...” y “la más eficaz”¹⁰; la pertenencia al pueblo de Dios nos hace descubrir que la oración y la limosna no son meros actos de desprendimiento. Se trata de sentir el peso de la Iglesia como algo propio. “Deseamos, en primer lugar, que por esta intención se rece más y con un mayor fervor. [...] Pero ¿sería sincera una oración por la Iglesia misionera si no fuera acompañada en la medida de las propias posibilidades, por obras de generosidad?”¹¹. OMP nos enseña que el bautizado lleva la Iglesia como

10 FRANCISCO, *Video-mensaje a las OMP* (28-V-2018).

11 Pío XII, *Carta Encíclica Fidei donum* (21-IV-1957) 13-14.

algo propio y por ello, ni la oración ni la caridad son algo postizo, sino que nace de la entraña de la fe; pero también nos enseña que no se trata de tranquilizar la conciencia, sino de ser, yo mismo, misión para el mundo a través de la Iglesia misionera de la que me siento parte. En este sentido, las OMP tienen una impresionante labor que hacer: cambiar los planteamientos que los creyentes tenemos cuando prestamos una ayuda personal o material en la Iglesia: no se trata de “hacer cosas”, buenas, bonitas, incluso necesarias, pero cosas; sino que nos sabemos partícipes de la vida de la Iglesia, para que en todas partes se puedan celebrar los sacramentos, recibir formación, llevar una vida de fe, se pueda evangelizar y mantener una vida digna conforme a nuestra condición de hijos de Dios.

Muy importante también y el Santo Padre lo indica varias veces en este breve documento o mensaje: la labor de evangelización, la tarea misionera, bien sea en la *missio ad gentes*, bien sea en los países de vieja tradición cristiana, se hace en comunión con la Iglesia. No es una labor personal del creyente. No se trata de llevar las propias creencias, doctrinas, pensamientos. Sino de ser Iglesia y hacer Iglesia allí donde está. Si algo caracteriza a las Obras Misionales Pontificias, tal como lo recoge el Papa, es ser un peculiar instrumento del servicio que se presta a la Iglesia universal. Me parece muy innovadora una frase de Francisco, casi al final del documento: “También la relación especial que une a las OMP con el Papa y con la Iglesia de Roma representa un recurso y un apoyo a la libertad”. El cristiano es apóstol por el bautismo, y no recibe ese “ministerio” como un don que le otorga la Iglesia a través del Obispo o del párroco: Lo hace siendo parte de esa Iglesia, y debe siempre saberse en comunión con el pastor de su diócesis y con el pastor de la Iglesia universal que preside en la caridad. Esto evita confusiones y convertir el apostolado en una “autoreferencia” personal, es decir, en una búsqueda de seguidores o discípulos propios. Con esto se ayuda a que nuestro apostolado, y, en el caso de los sacerdotes y diáconos, nuestras predicaciones, no sean transmisión de teorías personales, o, peor aún, de ideologías. Somos parte de la Iglesia y en comunión con ella llevamos a Cristo y su mensaje de salvación a los hombres. Qué fácil es caer en la autocomplacencia de lo que hacemos, pensando más que en hacer la obra de Dios y de la Iglesia, nuestra propia obra, en la que se vea con claridad “mi sello”, “mi aportación”, “mi oportunidad”. De forma gráfica, como suele hacer Francisco, lo resume diciendo: “romped todos los

espejos de vuestra casa”, para no mirarnos a nosotros mismos, sino a Dios, al Espíritu Divino y a la Iglesia.

Por evidente, puede parecer innecesario este apunte, sin embargo, no lo es. Porque la historia, y no hace falta ir a tiempos del medievo, nos demuestra que es fácil caer en el error de “hacer la guerra por nuestra parte”. Francisco habla en *Evangelii Gaudium* (n. 98) de un grave pecado en el evangelizador:

Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica. Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de “internas”. Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial.

Es una posibilidad que no nace hoy, tampoco. San Pablo denuncia cómo los creyentes se identifican con su predicador: “yo soy de Pablo, yo de Cefas...” (cf. 1 Co 1,12). ¡No! todos somos de Cristo y somos parte de la misma Iglesia que tiene el encargo de la evangelización.

Pero esto no impide la diversidad de matices, condiciones, problemas y dones... Cada uno, primero, con la vocación que ha recibido del Padre, que en cada cual es única e irrepetible. Justamente ese “ser Iglesia” permite la belleza del mosaico de muchas vocaciones diversas, con sus peculiaridades. San Pablo, una vez más, habla de los distintos carismas y funciones (cf. 1 Co 12,4). Todas ellas fundamentales y, sobre todo, complementarias. La unidad no significa uniformidad y la pluralidad en la forma de llevar el Evangelio no significa, necesariamente, homogenizaciones ideológicas o unilateralismos culturales. La proclamación del Evangelio no se hace en todos los lugares de igual forma, no se debe estandarizar la forma del anuncio. Cada cultura, cada pueblo, cada experiencia profunda de Dios, la historia vivida por cada sociedad, impiden que utilicemos fórmulas o eslóganes comunes para todos. El Evangelio, como Cristo mismo, sabe adaptarse, sin perder un ápice de la verdad y de su exigencia, a las circunstancias y formas de vida de cada persona, tal como es, tal como es amada por Dios.

La propuesta de la vocación matrimonial, la de la vida consagrada, la de quienes eligen el camino de la vida en medio del mundo como cristianos laicos, quizás solteros, la vocación sacerdotal o la de los diáconos permanentes se ve enriquecida por carismas concretos que forman parte de la propia idiosincrasia: la caridad, la predicación, la enseñanza, la contemplación, la preocupación social, la liturgia... Junto a esto, circunstancias que son importantes: la edad, ser varón o mujer, la salud, la profesión, la situación social... todo esto no sólo no impide la unidad, sino que la enriquecen. Es, en palabras de Francisco: “reflejo de la rica variedad del ‘pueblo con muchos rostros’”. Como decía San Agustín: “En lo esencial, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad”.

VI. CONCLUSIÓN

El Papa ha echado un órdago a la misión de la Iglesia y, por extensión, a toda la labor y obra que realiza, en cualquier sitio, en cualquier circunstancia. No es un simple ánimo o recomendación paternal.

Esto implica cambios, que no son estéticos, sino que nacen de una nueva forma de ver la tarea misionera y pastoral de la Iglesia. Cambios a los que todos tenemos que estar abiertos, y que deben ser fruto no de una loca intuición y precipitación, sino de un sesudo pero concreto deseo de renovar el afán misionero en todo lo que la Iglesia es, vive y desea hacer.

Cambios que a quienes se dejan llevar por el “siempre se ha hecho así” les va a costar, pero que, si confían en la acción del Espíritu Santo, serán capaces de afrontar con valentía y generosidad.

El Santo Padre, que si de algo presume es de su edad, no tiene miedo a los cambios y a los nuevos retos y ha hecho ya clásica la expresión “prefiero una Iglesia herida”, desde la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, hasta homilías en la vigilia de Pentecostés o con motivo de los encuentros con la Curia Vaticana:

Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por

ser el centro y que termina clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos (EG 49).

Y así ha invitado a la Iglesia a no cerrarse ni aislarse. Exhorta a “no cerrarse en la parroquia, con el movimiento, entre los que pensamos igual”. Porque cuando se cierra, “se enferma”. Y anima a que la Iglesia “salga de sí misma, hacia la periferia, a dar testimonio del evangelio y a encontrarse con los demás”, en clara respuesta al mandato de Jesús de “Id”. “Prefiero una Iglesia accidentada, a una que está enferma por cerrarse”, y critica aquellas “estructuras caducas” que “no nos hacen libres, sino esclavos”.

Es fácil entender esta forma de pensar en quien, ya en el documento de Aparecida, dejó escrito “no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos”¹².

12 V CONFERENCIA GENERAL DEL CELAM, *Documento de Aparecida* (VII-2007) 548.

